

Ruiz-Capillas y Salazar (D. Rogelio)

81-9-16-19

Ca 2571
(19)

DISCURSO

LEIDO ANTE

EL CLAUSTRO DE LA FACULTAD DE MEDICINA

de

LA UNIVERSIDAD CENTRAL,

en el acto solemne de recibir la investidura

DE DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUJIA,

POR EL LICENCIADO

D. ROGELIO RUIZ-CAPILLAS Y SALAZAR.



MADRID.

OFICINA TIPOGRÁFICA DEL HOSPICIO.

1870.

Ca 2571 (19)



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5315407218

DISCURSO

LEIDO ANTE

EL CLAUSTRO DE LA FACULTAD DE MEDICINA

de

LA UNIVERSIDAD CENTRAL,

en el acto solemne de recibir la investidura

DE DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUJIA,

POR EL LICENCIADO

D. ROGELIO RUIZ-CAPILLAS Y SALAZAR.



MADRID.

OFICINA TIPOGRÁFICA DEL HOSPICIO.

1870.

b 18821522

TEMA.—«La observancia de la moral médica,
¿influye directamente en el progreso de la medicina?»

Excmo. é Ilmo. Sr.:

Todos los diferentes ramos que constituyen el saber que el hombre ha podido ir adquiriendo paulatina y gradualmente, á beneficio del cultivo y aprovechamiento de cuantas apreciaciones observaba derivar de su organizacion, resúmen en la actualidad un espacioso arsenal de conocimientos, que la brevedad de la vida de aquel, más las contrariedades que durante las fases de ésta experimenta, son óbice exagerado para que pueda existir alguno quien pretenda abrazar tan gran número en conjunto.

Las necesidades y consideraciones que de dicha organizacion emanaran, debieron ser el origen de agrupamientos vários que más posteriormente hiciese el hombre de aquellos conocimientos que adquirió; los que no descuidaria de coordinarlos, así en adecuada armonía con el frecuente uso de que hubieran de poder ser objeto, como para destruir de tal modo el gran obstáculo que ya su inteligencia encontró al pretender indagar todo lo aprendido, y con lo cual pudo conseguir dar origen á las ciencias y artes: colecciones metódicas de verdades, más fácilmente ya comprensibles por la razon, y quienes, prestándose de continuo mútuo

apoyo, aparentan sin embargo poder vivir separadas.

Por esta razon, EXCMO. É ILMO. SR., para tratar de patentizaros, acaso de una manera afirmativa, la resolucion que pueda exigir el tema que sirve de fundamento á mi humilde trabajo, necesito indispensablemente el auxilio de otras ciencias, sin el favor de las que no me atreviera á seguir en mi tarea, aunque, á pesar mio, no me considero experto en ninguna de ellas.

Mas yo fuera muy gustoso en aceptar el justo castigo que mereciera mi osadía, si al pensar llevar á efecto mi intento, dejase de contar con la benevolencia que creo habeis de dispensarme, nacida así de vuestras sabias reflexiones, como la de congratulacion que no dudo debe agitaros en este momento al contemplar, que el mismo á quien seis años hace lanzásteis del lugar que hoy ocupa para que en práctica pusiera cuanto pudísteis enseñarle, regresa nuevamente en busca de su antiguo escaño, con el noble objeto de haceros manifiesto son verdades las que hubísteis de lograr quedasen grabadas en mi pobre inteligencia.

Yo confío por lo mismo, EXCMO. É ILMO. SR., en que siendo concedores cual ninguno de mi pequeñez científica, no habreis de esperar concepciones ingeniosas de mi capacidad escasa; mas sí creo acogereis á manos llenas el humilde criterio que mi razon admite en lo referente al TEMA.

«La observancia de la moral médica, ¿influye directamente en el progreso de la medicina?»

Si quisiéramos lograr el extravío de la inteligencia más sana, creo que fuera suficiente para realizar nuestro intento obligarla á descubrir así la causa de los fenómenos primordiales por los que la vida se manifiesta, como el origen primitivo de todo lo creado: creyendo debamos hallarnos precisados ante oscuridad tan grande á pagar tributo á un poder supremo, de per-

fectibilidad infinita, quien juzgo así bien ha sido siempre reconocido y venerado en casi todas épocas y países, siquiera su representacion sea bajo diferentes formas ó entidades; al mismo á quien acudimos en los aciagos momentos porque nuestra vida pasa, considerándonos ya entónces diminutos, amorfos.

Tal supremacía, reconocida desde los más remotos tiempos, segun mi humilde inteligencia admite, así por los defensores del ateismo, quienes, no pudiendo negar la existencia del mal, intentan sostener «que Dios es el mal;» como los partidarios del panteismo, que afirmar pretenden «que Dios es todo, y todo es Dios,» olvidando los primeros «que la pena es el orden del crimen,» y no recordando los segundos «que aunque todo no es Dios, toda la creacion tiene su tipo increado que la hace posible en Dios;» admitida, repito, en su esencia por todos dicha supremacía, es esta, en buena lógica, el principio de la moral sana; basada, como vemos, en apreciaciones hechas por la razon, quien, en medio de sus fantásticas averiguaciones, llega á un término en que, encerrada en estrecho y calibrado límite, declina su orgullosa frente para pagar tributo y ceder su puesto al mismo á quien reconoce y venera, y quien la obligó á permanecer sumisa y silenciosa.

Auténticamente, pues, debemos deducir, EXCMO. É ILMO. SR., que el origen asignado anteriormente á la moral sana se halla protegido fuertemente en las deducciones hechas por la inteligencia, quien al pretender hacerse dueña de un secreto impenetrable, batalló; quedó vencida, reconocida, y dispuesta por lo mismo á acatar un designio que la obligó á la observancia de la humildad y demás emblemas por los que la sana moral ostenta su poderoso influjo sobre el mundo todo; sin que fácil nos sea comprender pudiera pasar desapercibido por los primeros pobladores de la tierra constituidos en sociedad, el que, atemperándose al cumplimien-

to de aquel designio descubierto por su razon, pero emanado de otra superior, habia de proporcionarles su benéfica influencia sobre la sociedad constituida; lo cual así sucedió, segun demuestra la narracion exacta de lo sucedido desde la antigüedad más remota hasta en nuestros tiempos, en los que podemos observar hallarse en perfecta consonancia y siempre hermanadas la moral, sabiduría, civilizacion, riqueza, y como consecuencia, el bienestar de los pueblos en que se encuentran todas reunidas.

Si tan convincentes deducciones obligan á que nuestra razon acoja como base del progreso científico y general, la observancia de los preceptos que todo sano juicio admite como morales, creo deber omitir algunas más consideraciones que pudiera sentar, pasando por lo tanto en busca de las pruebas que deben corroborar el progreso de la ciencia á que nos dedicamos, por la influencia que la moral pueda ejercer sobre aquellas.

No encuentro que exista verdad más pura que un hecho. Creo así bien, EXCMO. É ILMO. SR., que tal verdad es tanto más digna de admiracion: primero, cuanta mayor antigüedad cuenta su primer acaso, porque esto nos revela la feliz idea de quien hubo de motivarle por vez primera, verdadero germen del saber: segundo, cuantas más veces se repite dicho hecho, puesto que viene á manifestarnos, así la buena acogida que merece en el organismo á quien tantas veces impresionada, como la eminencia del génio que le produjo.

Siéndonos menester acudir al hallazgo de anticuarios y repetidos hechos para poder encontrar razones que convenzan de la directa influencia que la observancia de la moral médica ejerce sobre la ciencia de la medicina, comenzaré por manifestar, aunque sumariamente, que ya en el período rudimentario ó instintivo de la historia de la ciencia que profesamos, se ha-

llan consignados preciosos detalles que en sí encierran la tan sublime cual loable máxima de moral médica: *El instinto de hacer bien: el amor al prójimo*, cuyo pensamiento moral, existente ya en tan lejana como atrasada época, hubieron de procurar llevar á efecto los primeros habitantes del mundo, tratando de curar las enfermedades de que eran presa con aquellos medios que, en casos más ó menos análogos, habian observado producian el bien que deseaban.

La misma idea que dejamos consignada, y que vemos sobresalir en el período de la medicina á que hemos hecho referencia, nos fuera tambien dado observar anima á cada uno de los demás que vienen á constituir las diferentes edades de la misma; las cuales, analizadas en conjunto, nos presentan un relieve que de manifiesto expone, nunca haber olvidado en su esencia los dedicados á ejercer dignamente las funciones de médico, el considerar estas verdaderamente dispensadoras de los más preciosos dones que podian proporcionar á sus semejantes: *la salud: la sagrada antorcha de la vida*.

Pero no siéndome dado, EXCMO. É ILMO. SR., seguir un paso más en el objeto que me hallo empeñado, sin obtener ántes vuestro asentimiento para levantar el tupido velo con que simulaba cubrir á gloriosos nombres de médicos que en la historia de la ciencia figuran, quienes han reconocido y unánimemente confesado que Dios, *tipo de la moral*, es tan necesario á la ciencia de la naturaleza como á la naturaleza misma; y ya que no considere muy en armonía con el objeto de este discurso entrar en la apología de cada uno de aquellos, permitidme sí tan sólo este pequeño homenaje que debo rendir de entre los muchos á que tan dignamente se hicieron acreedores, *Bayle, Van-Helmon, Sydenhan, Morgagni, Dupuytren, Pinel, Valles, Gutierrez, Argumosa*, y otros muchos que citar pudiera;

sin que me sea posible pasar en silencio al génio eminente, al hombre honrado que, saliendo á luz cuatrocientos sesenta años ántes de la venida de nuestro Señor Jesucristo, é HIPÓCRATES llamado, fué despues el sabio y virtuoso médico, la base sólida de la ciencia médica, el verdadero causante del tránsito de un período de oscurantismo en que la medicina se hallaba á otro manifesto ya por hechos, por verdades prácticas; las cuales no se olvidó que debian ser conocidas por las generaciones venideras, grabándolas para ellas en letras.

Aun cuando crea acertado deber prescindir en este momento de la legítima procedencia de los escritos que el nombre de tan célebre autoridad médica llevan, quiero sin embargo hayamos de recordarlos para pronunciar á su favor un *loor eterno* á tan digno admirador del mundo médico, y cuyo su nombre debemos alabar, por los sólidos principios en que descansa tan sana doctrina; sin que por esto sea afiliarme á los muchos que áun hoy pretenden, «debemos creer todas las palabras de aquel, como si fuera un testigo.»

Por más que ajeno sea á mi propósito, EXCMO. É ILMO. SR., hacer la crítica de tan sabio filósofo y médico, preciso tambien considero dejar sentado que si fuéramos analizar el reconocido mérito de sus tan encomiables obras, nos causará admiracion ver sobresalir en todas sus páginas una severa moral médica, en perfecta consonancia, así con la ilustracion de que gozaba tan venerable anciano, como con el progresivo impulso que durante sus dias hubo de adquirir la ciencia que fué objeto de su estudio; haciendo resaltar de una manera plausible, y muy especialmente sus máximas de moral médica, en los libros llamados *El Juramento; La ley; Reglas para conocer al médico; El Arte; De la Decencia; El Aviso;* los cuales, aunque sumamente compendiados y que nunca debiéramos

olvidar, son un conjunto de las más sublimes ideas que con modesto orgullo hacen ostentar la alta mision que nos conduce al lecho del dolor; no para curarle, segun dice, con el fin de ganar reputacion é intereses, «sino para mayor gloria de Dios, y salvacion de nuestros semejantes;» advirtiendo tambien «la imparcial benevolencia que debe tener el médico, así para el habitante de la humilde choza, como del suntuoso palacio;» sin olvidar tampoco el deber que tan digna profesion nos impone «de guardar secreto de cuanto viéramos y aprendiésemos en el ejercicio de la misma, y hasta donde las leyes consientan:» á cuyas tan bellas máximas podríamos agregar otras más que deja consignadas, y que todas concurren á revelar las pruebas que me propongo sustraer de sus escritos; debiendo muy justamente causarnos admiracion el que en tan remota época pudiera escribirse tan en armonía tambien con las necesidades que hubiera de exigir el siglo porque atravesamos.

Creo, pues, EXCMO. É ILMO. SR., que gozando de tan célebre prioridad las básicas ideas proclamadas por el médico de Coos; supuesto que sus trabajos fueron los primeros armonizadores de lo aprendido hasta sus dias; teniendo así bien muy en cuenta al que jamás despreció la sana moral médica, siendo el verdadero planteador de la atenta observacion en medicina, gérmen ésta fecundísimo de riqueza inagotable en todos tiempos para la ciencia á que nos dedicamos; y no olvidando, por fin, que áun en el dia en que vivimos son sus doctrinas aceptadas en gran parte por la mayoría del mundo médico; creo repetir que las circunstancias expresadas, en nada ya permiten nos sorprenda el que la aparicion de tan distinguido médico en la faz del mundo, y en la época citada, fuera el sólido cimiento, el digno representante de la ciencia que profesó; y no sin justa razon tambien, la verdadera palanca motivadora

del impulso progresivo que durante sus dias y para la posteridad alcanzara la ciencia que con tan fervoroso candor ejerció.

Conducidos á beneficio de algunas reflexiones, á deber considerar existentes y coetáneas desde el principio del mundo el ejercicio de la medicina y la moral aplicada á la misma; y obligados necesariamente, por las deducciones que podemos hacer de lo consignado en la historia de la ciencia que profesamos, á deber admitir que nunca ésta se hallado en la más pequeña discordancia con la moral su hermana, lo cual así suceder tenía, puesto que de separarse hubiera perdido la nuestra el gran removedor de cuantos variados obstáculos hubiesen tratado de interceptar su camino para llegar á alcanzar el poderío que hoy disfruta; y para cuyo logro conseguir, tambien hemos visto no haber faltado nunca sabios médicos, conocedores por lo mismo del favor grande que se dispensan hallándose en armonía; puesto que ambas siempre han intervenido para acumular verdades, como así bien para el desarrollo gradual y progresivo de la ciencia que ejercemos; habremos, pues, de pasar al estudio de investigaciones nuevas, las que no dudo han tambien de proporcionarnos verdades suficientes para que logremos probar, así el recíproco encadenamiento existente entre cada uno de los variados ramos, que convergiendo á un punto dado constituyen el gran foco de autenticidades que la medicina encierra, como así bien el directo modo con que la moral obra sobre cada uno de los que contribuyen á formarla.

Comenzaré, EXCMO. É ILMO. SR., por observar la influencia que para el adelantamiento de la anatomía haya de prestarla la moral médica.

No me parece pueda evadirse de nuestra imaginacion, que el espíritu filosófico y político dominante en cada época trascurrida, se hallado siempre en equili-

brado parangon con el mayor ó menor atraso ó cultura existente en cada época de la vida; y recordando así bien todos, el predominio que en todo el orbe hayan siempre tenido las ideas teocráticas, creo nos será ya fácil comprender que el influjo que sobre toda la humanidad lograran producir tan preponderantes y señaladas doctrinas, habria de ser eco suficiente para que los primeros moradores de la tierra contrarrestaran el buen deseo, que ya durante la época de fundacion de nuestra ciencia hubieron de mostrar tener algunos médicos para practicar disecciones cadavéricas, las que consideraban de imprescindible necesidad para llegar á ser prácticos; pero las cuales no podian ejecutar, á fuer de hacerlas á escondidas y ser ya vilipendiados por el pueblo.

Mas una vez que el cielo quiso ir poniendo término, aunque paulatinamente y no por completo, al craso error en que se hallaban sumidas aquellas gentes, efecto de sus fantásticas creencias; y que notoria se hiciese ya por el pueblo la noble aspiracion y moral sana que demostraban tener en todos sus actos los sabios investigadores de tan oscuro arcano, pudieron estos por fin conseguir enarbolarla bandera engalanada, la que siempre reveló ser inocente la herida que el victorioso bisturí pudiera ocasionar.

Figuraos en vista de lo expuesto, EXCMO. É ILMO. SEÑOR, que los primeros emprendedores de tan gigantesca obra hubiesen hecho abstraccion del noble fin que les conducia á tales disecciones; y que, olvidados por consiguiente de la moral médica que en sus actos asistia, se hubieran tan sólo ocupado, así de reducir á pequeñas partículas el indefenso cadáver que con sus aguzados instrumentos en sus manos destrozaran, como hacer ostentacion de su falta de recato aquel cuerpo que en su presencia tenian; y no olvidando al propio tiempo las grandes contrariedades que han sido menester

destruir para poder cultivar tan laudable ciencia, lógicamente vendremos á deducir, que la falta de moral médica en el anatómico, hubiera traído en pos de sí el que nadie hubiese consentido jamás profanaciones tan punibles con aquellos cuerpos que, aunque ya comprendidos en inferior orden al que pertenecieron, no por eso merecen ser tratados tan injustamente: y todo lo cual nos conduce á creer que nunca la anatomía podría haber llegado á descansar en el tan digno y encumbrado puesto que hoy ocupa.

Habiendo conseguido demostrar la poderosa influencia que para el adelantamiento de uno de los más sólidos cimientos de la ciencia que seguimos ha ejercido la moral aplicada á su estudio, habremos de continuar con la indagacion del auxilio científico que dicha moral presta á la fisiología humana.

Para un hombre que reflexiona, no creo pueda existir cosa alguna que más le lisonjee, que el penetrar dentro de sí mismo, tratando de descubrir el mecanismo de sus ruedas y el maravilloso secreto de la vida.

Esto nos hace comprender, EXCMO. É ILMO. SR., la atractiva seducción que á todo médico anima á emprender estudios fisiológicos; puesto que, como vemos, interesan al hombre, su organismo, sus funciones; no creyendo con esto que pueda ya causarnos sorpresa alguna el que el filósofo encuentre en tan interesante estudio los fundamentos de sabias doctrinas; y todo nos ayuda á comprender la necesidad, que ya Bosuet anunció, de deber hallarse reunidas la moral y la fisiología.

Ciencia la anteriormente citada que nunca hubiera avanzado un paso sin la imprescindible ayuda de la anatomía su base, claramente creo podemos admitir que el progresivo acumulo de verdades con que la primera ha ido enriqueciéndose por las razones que hubimos de consignar, constituyen otras tantas para

la fundacion y engrandecimiento de la que estamos estudiando: mas no puedo olvidarme de hacer constar que el evidente desequilibrio que observamos entre el número de verdades que en una y otra se acumulan, y que hacen suponer alguna superioridad científica en la anatomía, no creo sea efecto de otras causas que del olvido en que yace algun tanto nuestra razon del compasado límite al que llegar tan sólo ésta puede, y cuyo coto intenta avasallar algunas veces, embelesada casi siempre por la grata y loca idea que pretende resolver todos los problemas médicos sin otro auxilio que los fundamentos emanados de una teoría que considera infalible; siendo así que la teoría como la práctica, confirman innumerables veces haber casos en los que tan variadas y reunidas doctrinas se dan unánime explicacion de un hecho aunque en diferente lenguaje; otros tan sólo explicables por la asociacion de algunas de ellas, y no pocos de completa oscuridad para el práctico, por más que acuda para su resolucion á las verdades que se desprenden de todas las teorías, bien reunidas, solas, ó ya mancomunadas.

Sin embargo de lo expuesto, no creo hayais de dudar soy de los primeros que afirman debemos esperar cada dia nuevas y fértiles concepciones, que precozmente habrán de hacer desarrollar doctrinas médicas poco admitidas en la actualidad por gran número de respetables prácticos; y todo lo cual nos conduce á deber admitir un juicio recto y moral sana para la decision de las cuestiones fisiológicas, puesto que pudiendo estas dar lugar á interpretaciones várias, y más ó ménos sostenibles las creencias íntimas que ellas puedan ocasionar, claro está habrán de motivar atrasos unas veces, y no pocas adelantos de gran mérito para tan admirable ciencia.

Juzgo así bien, EXCMO. É ILMO. SR., que en virtud de breves reflexiones podremos destruir algun obs-

táculo que se opusiera á dejar establecido el impulso directo y progresivo que la moral ejerce sobre la terapéutica.

Jamás la ciencia á que aludimos hubiese logrado alcanzar el beneplácito que todos la reconocemos, si los sabios preveedores del oscuro arcano, que comprendieron debía existir en la naturaleza toda, hubieran acudido desde un principio para curar los males á medios arbitrarios, no reconocidos, y que ocasionar podría su uso padecimientos más graves que los que se propusieran sanar; pero atestiguando la historia que nunca aquellos olvidaron los preceptos de la moral sana, «el buen deseo de proporcionar alivio al desvalido,» jamás tampoco emplearon tan dudosos medios, y si tan sólo aquellos que patentizadas y repetidas veces hubieron de demostrarles ser capaces de producir la curacion que pretendian en circunstancias parecidas: y como verdades tan palpables hicieran luégo asomar en su inteligencia la idea de que aún en el más inferior cuerpo debieran existir secretos dignos de ser admirados, experimentos repetidos y plausibles que se han ido practicando en animales, y el auxilio de otros medios científicos que lenta y posteriormente pudieron aprenderse, trajeron en pos de sí ese acumulo de verdades que la terapéutica enseña; todo lo cual nos obliga á que comprendamos nunca haber corrido la vida del hombre albur alguno, á fuer de lograr establecerse la terapéutica, supuesto que vemos jamás han despreciado la moral médica los dedicados á enaltecerla.

Y de así no haber sucedido, EXCMO. É ILMO. SR., ¿qué impulso científico podría suministrarla, quien consciente de la necesidad legítima de llenar una indicacion, olvidara el nunca bastante ponderado aforismo *occasio præceps*. ¿Qué verdades hubiera de acumular en obsequio de la misma, quien ignorante de la accion

que acostumbra á desplegar el medicamento á que acude, le propina sin embargo, apoyado tan sólo en la autoridad que su título le concede?

Tampoco considero necesarias gran número de pruebas que podríamos alegar para demostrar la innegable influencia que la moral médica ejerce para el engrandecimiento de la patología y clínica; raudal inagotable la primera de verdades, que la segunda consigue corroborar en el agobiado sér que de continuo implora la intencion moral que asiste á la más noble de las profesiones todas.

No es dable comprender, EXCMO. É ILMO. SR., que médico práctico se considere quien llegara á despreciar la sana moral que su arte necesita para poder descubrir los variados fenómenos por los que el organismo nos declara hallarse enfermo; pues el que creyese acertado prescindir de la moral médica, admitida por todo sano juicio, en el ejercicio de profesion tan sublime, sólo creo hubiese de encontrar verdades contradictorias á las doctrinas que su razon respetaba; las que, unidas al corto número de observaciones clínicas de que quizá hubiera podido ser testigo, sumarían un conjunto de autorizaciones más que suficientes para que aquella ofuscada inteligencia llegase á comprender el error de sus locos juicios, como así bien la imposibilidad de que dicha ciencia progresara.

Así vemos por la historia encomendada desde tan lejanos tiempos la práctica de la medicina al sacerdocio, quienes gozando á no dudar de alguna mayor ilustracion que el pueblo que les rodeaba, pudieron hacer comprender á éste la divinidad que dicha ciencia en sí encerraba; y guiados probablemente tan sólo á sustentar dicha idea, á fin de evitar los horrosos crímenes que comprendieron muy bien podían efectuar aquellas gentes, en el caso de consentir la práctica de dicha ciencia á personas de tan escaso

talento para que pudieran entender la necesidad de la moral en el ejercicio de la misma.

Todo lo anteriormente expuesto, más las consideraciones que se desprenden de lo que luégo hayamos de consignar, creo vendrá á revelarnos que la falta de moral médica en el patólogo y clínico traería como resultado el que nunca hubiera llegado á consolidarse la ciencia que profesamos; siendo muy lógico comprenderlo así, puesto que nuestra razon admite el que jamás pudiese existir persona capaz que en busca de nuestro auxilio científico acudiera, á fuer de ser víctima de mayores penas que la falta de la moralidad habria de ocasionar; y si aún pudiera quedarnos duda alguna de lo que sostengo, interroguemos á una madre «si libre paso dejaria al médico que con sus descompasadas frases, lograra trocar la inocencia de su candorosa hija por el abominable vicio en que jamás ésta pensó.»

¿Y qué persona habia de solicitar nuestra asistencia facultativa si al olvido delegáramos así el secreto, como el pudor que debe caracterizar todos nuestros actos?

Si fuéramos á abolir, EXCMO. É ILMO. SR., las mútuas consideraciones que deben guardar los diferentes individuos que logran constituir la sociedad, nada creo nos sorprendiera ver arruinarse aquella por la falta de sus verdaderos sostenes.

La misma desgracia creo habria de llegar á nuestra ciencia si nosotros, sus únicos sócios, llegásemos á olvidar el recíproco respeto de que tan dignamente somos merecedores, y que mútuamente debíamos siempre dispensarnos: así es que quien pretenda caminar en el ejercicio de nuestra profesion sin tan poderoso apoyo, aceptar debe gustoso el calificativo de *insociable médico* con que él mismo se bautiza.

El despreciado médico que tan sólo llegara á ocu-

parse de tan ensolapados medios que á rebajar todos tiendan el respetable criterio de otro su compañero, creo debamos considerarle tan sólo muy capaz para ocasionarse disgustos con aquellos á quien mancilla, los cuales han de privar por completo á sus interesados del precioso tiempo que mejor pudieran emplear en obsequio de la humanidad, tratando de encumbrar la ciencia que descuidan.

¿Y qué juicio crítico merece el que en consulta se hallase, y olvidado de la salud que el enfermo desea, tratara más bien de proporcionarse las utilidades pecuniarias de la casa en que se hallaba? ¿Quién permitiría la entrada al orgulloso médico que ante todo cuidara de ostentar sus fantásticas alhajas? ¿Podrian algunos de los señalados anteriormente influir en los adelantos de tan noble ciencia?

La necesidad imperiosa de hallarse hermanada la medicina y la moral, no se escapó tampoco al sabio juicio del legislador; quien, algun tanto previsor del inminente caos que habia de desplomarse sobre la primera en el caso de no ir acompañada de moralidad, quiso contener tal riesgo, dictando para ello varias reglas no desprovistas de un coto, y que se oponen á los efectos que pudiera ocasionar el libre albedrío médico; leyes que, perfectamente armonizadas, son objeto del estudio concerniente á la medicina legal.

Consideremos, siquiera sea por breves momentos, EXCMO. É ILMO. SR., fulto de moral médica al médico legista, encargado no pocas veces de dictar el castigo que hubieren merecido aquellos que intentaron destruirla; y en tal caso, considerémonos justamente los más detestables séres de toda la humanidad, verdadera antítesis de la sana intencion que goza la virtuosa ciencia á cuyo estudio nos dedicamos; y en cuyo primer caso fácil creo sea convencernos de que no hubiera sido dado, así á nuestros antepasados como á los con-

temporáneos, reunir el gran número de benéficos resultados que los estudios médico-legales han proporcionado á la sociedad, quien con tanta admiracion los contempla.

El magisterio médico es, por fin, uno de los más cristalinos manantiales del que pueden brotar en abundancia máximas de moral médica con grandes probabilidades de tener buena acogida en las tiernas inteligencias que por lo general impresionan, y estas luégo utilizarlas para los adelantos de la ciencia á cuyo estudio han de consagrarse.

Manifiestas ya, aunque á grandes rasgos y sin galano lenguaje, algunas de las más elevadas razones que todas contribuyen á probar la directa influencia progresiva que la observancia de la moral médica ejerce sobre la medicina, no dudaremos en afirmar, EXCMO. É ILMO. SR., la obligacion que hemos contraido de tenerlas siempre muy presentes; pudiendo considerar desgraciado, así al que camine sin tan indispensable apoyo en la práctica de tan santa profesion, como á quien la sana filosofía no haya hecho comprender la inviolabilidad de la vida humana.

HE DICHO.

Rogelia Ruiz-Gapillas y Salazar.

